LA SUCESIÓN EN EL IMPERIO OTOMANO EN LA ERA MODERNA, UN ENFOQUE INSTITUCIONAL

MARTA CANIEGO FERNÁNDEZ*

Resumen: *Durante la historia del imperio otomano (ss. XIII-XX) solo hubo una dinastía reinante, conocida como casa de Osmán o dinastía Osmanlí. Una sola familia cuya legitimidad nunca se cuestionó y que, una vez se retiró, lo hizo junto con el resto del imperio. Para cumplir con los objetivos de investigación, la metodología escogida está basada en las teorías propuestas por la Escuela de Public Choice. Se trata de una escuela de pensamiento político y económico que sostiene el papel fundamental que los intereses particulares y las minorías organizadas tienen a la hora de influir en decisiones y medidas de calado institucional. Es decir, estudia la importancia de la dimensión particular de cada grupo dentro de una realidad política más amplia y compleja para dar una explicación que inserte a todas las partes implicadas de forma ordenada.*

Palabras clave: *Public Choice; Otomanos; fratricidio; seniorato.*

Abstract: *During the history of the Ottoman Empire (13th-20th centuries) there was only one reigning dynasty, known as the House of Osman or the Ottoman dynasty. A single family whose legitimacy was never questioned and which, once it stepped down, did so together with the rest of the empire. To meet the research objectives, the chosen methodology is based on theories proposed by the Public Choice school. This is a school of political and economic thought that maintains the fundamental role that particular interests and organized minorities play in influencing decisions and measures of institutional significance. In other words, it studies the importance of each group's particular dimension within a broader and more complex political reality in order to provide an explanation that incorporates all involved parties in an orderly way.*

Keywords: *Public Choice; Ottomans; fratricide; seniority (seniorate).*

INTRODUCCIÓN

Entre las posibles causas de su éxito pueden encontrarse diversidad de factores, pero de entre ellos queremos analizar si el sistema institucional del imperio, tal y como estaba diseñado, pudo influir en ello y cómo los intereses del ejército, visires y funcionarios jugaron papeles para modificarlo sin necesidad de eliminar a la familia real.

Así, en este trabajo nos centraremos en el papel de sus leyes de sucesión, que en esencia fueron dos, la primera conocida como *Fratricidio*, instaurada de forma oficial por Mehmed II en el siglo XV hasta el siglo XVII y la segunda, *Seniorato*, hasta el final del imperio tras la Primera Guerra Mundial, cuando los republicanos turcos retiraron el título al sultán Mehmed VI en 1922.

* Universidad Autónoma de Madrid. Email: marta.caniego@estudiante.uam.es. ORCID: https://orcid.org/0009-0002-4795-4509.

1. CONTEXTO HISTÓRICO DE LOS OTOMANOS

Los otomanos eran uno de tantos grupos nómadas procedentes de Asia central que durante el siglo XIV estaban asentados en Anatolia, inmersos en una serie de guerras contra las potencias de la época por el dominio de la zona (Romero y Romero 2017, p. 17).

En concreto, el germen de su Estado suele situarse en el Estado vasallo de los Selyúcidas conocido como Sultanato de Rum, que duró desde la batalla de Manzikert (1071) hasta el asesinato del último sultán a manos de los invasores mongoles en 1307. A partir de entonces, el sultanato de Rum se dividió en doce territorios o *beylicatos*, uno de los cuales quedaría en manos de la familia de Osmán, reconocido como el primer sultán otomano. Así, el grupo de los otomanos se asentó definitivamente en Anatolia, en un pequeño territorio que con el tiempo fueron expandiendo (Francisco Olmos 2009, pp. 2-3).

Tras posicionarse como el grupo más poderoso de la zona, llevaron una serie de campañas contra el Imperio Bizantino que los llevó a conquistar muchos de sus territorios, culminando con la toma de Constantinopla en 1453 por el sultán Mehmed II. Sin embargo, también se vieron inmersos en guerras contra persas, egipcios y una serie de etnias de dentro y fuera de sus territorios que los llevaron a su apogeo en el siglo XVI y a su declive a partir del siglo XVIII, aunque su final definitivo no llegó hasta después de la Primera Guerra Mundial (1914-1918).

Aunque de mayoría musulmana suní, no fue un imperio homogéneo en el plano religioso y tampoco en el étnico, pues ocupó extensos territorios donde además de musulmanes, a menudo abundaban los cristianos. En concreto, ese era el caso de zonas del este europeo a las que se llegó a prestar más importancia estratégica y militar que a otras situadas en oriente.

2. EXPLICACIÓN DE LAS LEYES DE SUCESIÓN Y DEMOSTRACIÓN EN BASE AL ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA DINASTÍA OSMANLÍ

Así, el Imperio Otomano tuvo dos sistemas de sucesión oficiales a lo largo de su historia, además de un periodo donde no imperaba una ley concreta, pero se tenía por costumbre. Esto último ocurrió en los inicios del imperio y ahora lo explicaremos con más detalle (Peirce 1993, pp. 20-22).

Hasta el reinado del sultán Mehmed II (1451-1481), la sucesión no tuvo una norma clara, sino que se basaba en antiguas tradiciones heredadas junto con las rivalidades que solían darse entre hermanos, militares, funcionarios… que podían o no coincidir con el principio de primogenitura más extendido en occidente y que, no siempre, terminaban con el asesinato entre familiares. Aunque cabe recordar que la distinta identidad de las madres podía disminuir en cierto grado la sensación de familiaridad entre los hermanos (Baer 2025, p. 195).

Sin embargo, ya era común que las guerras por la sucesión acabasen con asesinatos entre hermanos. Fue el caso, por ejemplo, del abuelo de Mehmed II, el sultán Mehmed I (1403-1421), superviviente de las guerras fratricidas entre hermanos a la muerte de su padre. De modo que cuando el sultán Mehmed II impulsa y pone en práctica, otra vez, el sistema de sucesión de *Fratricidio*, crea un marco donde todos los príncipes, que son candidatos a la corona sin importar elementos como la edad o la legitimidad de la madre, una vez muere el sultán reinante se disputan el trono y, al proclamarse un nuevo sultán, una de las primeras medidas que se toma es la de asesinar al resto de sus hermanos para evitar posibles conspiraciones o divisiones dentro del sistema de gobierno. El propio Mehmed, que no tuvo que acceder al trono por estos medios, hizo uso de ellos ordenando el asesinato de sus parientes varones cercanos, entre ellos un hermano que todavía era bebé (Peirce 1993, p. 43; Francisco Olmos 2009, p. 7).

De modo que estas prácticas se realizaron con cierta regularidad en sucesivas generaciones de la familia Osmanlí, antes y después de la muerte del sultán reinante. En algunos casos, sultanes como Suleimán (1494-1566), apodado *El Magnífico*, ordenaron ejecutar a un hijo suyo por sospechas de que planeasen un alzamiento contra él. Como puede comprobarse, las dinámicas de transmisión del poder resultaban tensas.

Aun así, recibió más o menos críticas por parte de religiosos y personajes de influencia variada hasta finales del siglo XVI, cuando el ascenso al trono del sultán Mehmed III conllevó la muerte de sus diecinueve hermanos, culminando una tradición que entraría en desuso a partir del reinado de su hijo, el sultán Ahmed I (1590-1617).

Este nuevo gobernante accedió al poder a la temprana edad de catorce años y tenía un hermano, Mustafá, de trece. Tanto si fue una decisión tomada por la compasión como si se hizo por el miedo a que la juventud e inexperiencia del nuevo sultán pudiese dejar a la dinastía sin herederos, Ahmed I perdonó la vida de su hermano, quien le sucedería a su muerte en 1617 como Mustafá I. Sin embargo, al año siguiente el poder pasó al hijo mayor de Ahmed I, Osmán II y tras su muerte vino otro año de reinado para Mustafá I, que vino seguido por el reinado de Murad IV, hermano menor de Osmán II.

Y el caso de Osmán es especialmente llamativo por haber sido el primer sultán que no solo fue definitivamente depuesto por una revuelta del ejército, sino también por haber sido asesinado (Baer 2025). como consecuencia de esta, de manera que un cuerpo diferente del mismo sultán, el jenízaro en particular tomó parte activa y determinante en la deposición de un sultán para ser sustituido por otro de la misma familia. En este caso, por su tío Mustafá. Es algo que no habría ocurrido en caso de continuar con la costumbre de eliminar a los hermanos rivales del nuevo sultán.

Fue a raíz de estas crisis sucesorias que fue instaurándose, al mismo tiempo que empezaba la larga decadencia del imperio, un nuevo sistema de sucesión, que en un inicio se decidía en base a lo decidido entre los visires y *pashás* (podríamos entender esta figura como una especie de ministros). A respecto de esto, se dice que

> *príncipes posteriores e incluso sultanes seguirían siendo asesinados, aunque la ley fratricida ya no sería aplicada con el rigor anterior. Durante la mayor parte del siglo XVII se prefirió emplear un método más sutil, encerrando en una cárcel dorada a los varones de la familia imperial y alejándolos de cualquier medio que les permitiera socavar el poder mediante la fuerza* (Romero y Romero 2017, p. 22).

Dicha «cárcel dorada» es conocida bajo el término *kafes* y formaba parte del proceso de formación del sultán. Sin embargo, poco a poco llegó a imponerse la costumbre de que el nuevo sultán fuese el varón de más edad de la familia. A este nuevo sistema de sucesión que condujo a que los hermanos se sucedieran entre sí, se le conoce como *Seniorato* y fue el que duró hasta la caída del imperio en 1922 (Romero y Romero 2017, p. 22; Baer 2025, pp. 259-277).

En cierto sentido, se trató de un sistema que redujo la competencia entre los candidatos y eliminó otras costumbres como la de que los príncipes viajasen a otras provincias fuera de Estambul para aprender labores de gobierno, militares y demás.

Además, si se observa el árbol genealógico de la casa de Osmán, se distingue a simple vista en qué momento cambian la costumbre y la mentalidad con respecto al sistema de sucesión. Esto no solo ocurre porque la sucesión tenga forma lineal hasta el reinado de Mehmed III (1566-1603) y a partir de entonces se vuelva ancha y con ramas sucesorias que incluyen a hermanos, hijos y sobrinos, sino también porque mientras la mayoría de los sultanes de la primera etapa tuvieron reinados más o menos largos y estables, los que vienen a partir del siglo XVII comienzan a ser irregulares. Esto se debe a que las edades de acceso al trono de cada candidato eran distintas y los reinados podrían intercalarse. Algunos seguirían siendo largos mientras que otros muchos son cortos, aportando así cierta inestabilidad a la institución que representa la casa Osmanlí, que es tanto una familia de gobernantes como una familia de califas (Peirce 1993, p. 100).

3. AUGE Y CAÍDA

En su etapa de mayor expansión, durante el siglo XVI, el imperio llegó a ocupar desde los Balcanes en Europa hasta el norte de África, partes del Hiyaz y otras zonas de la península arábiga, además de una extensa frontera con la Persia Safávida, imperio contra el que tuvieron una serie de conflictos bélicos e institucionales.

Desde sus inicios fueron una amenaza para el Imperio Romano de Oriente, más conocido como Bizantino, hasta que en el año 1453 conquistaron la ciudad de Constantinopla. A partir de entonces, esa sería su capital y el lugar de residencia de todos los miembros de la familia Osmanlí (Baer 2025, p. 88).

Sin embargo, las primeras muestras de declive comenzaron a dejarse ver hacia finales del siglo XVII, con el sitio fallido a la ciudad de Viena o batalla de Kahlenberg en 1683, las tropas otomanas quedaron debilitadas hasta el punto de que en años posteriores

se produjeron invasiones de las potencias europeas en territorios de Hungría, Transilvania, el Peloponeso y amenazas sobre Azov. El imperio tuvo algunos momentos en que pudo restaurar sus territorios y su influencia en la zona, pero a partir de entonces quedó marcada la inferioridad de los militares otomanos o, quizás, su desgaste tras mucho tiempo de guerras de expansión y conflictos con potencias como la Safávida. Aun así, el imperio otomano aun duró hasta el siglo XX, por lo que su declive fue largo, irregular y marcado por conflictos con agentes externos e internos (Francisco Olmos 2009, p. 6).

En este caso, nos centraremos en los internos, que incluyen desde disputas políticas entre los visires hasta revueltas y conflictos abiertos por parte de miembros de la élite militar imperial.

En cualquier caso, el tema de la sucesión es importante para entender el desarrollo de esos conflictos porque, aunque siempre hubo división a la hora de apoyar a los príncipes de cara a la muerte de su padre, la ley de fratricidio hacía que, una vez erigido el nuevo sultán, no hubiese disputas acerca de su legitimidad. En cambio, el *seniorato* facilitó que se formasen partidos en torno a cada príncipe y que uno pudiese cuestionar la autoridad de otro en determinado momento.

4. INTERESES INSTITUCIONALES

La escuela de Public Choice plantea un análisis no romántico de la política donde se tienen en cuenta los intereses de aquellos que toman decisiones asumiendo que, incluso cuando están actuando como representantes de otros, como representantes de una nación, no renuncian a sus intereses particulares. Y el caso otomano es un ejemplo histórico de cómo el manejo de los intereses puede afectar al desarrollo de los acontecimientos o, en relativamente poco tiempo, cambiar el modo de organizar una monarquía como esta (Butler 2012, p. 48).

El enfoque tradicional de esta escuela trata de estudiar cómo reaccionarán los distintos grupos de poder que componen las sociedades a diferentes estímulos venidos del exterior. Así, los más comunes en que se centra son:

— Políticos y burócratas, que son los encargados de tomar las decisiones de forma directa.
— Los votantes, que son quienes participan en el proceso político a través de su voto.
— Los grupos de presión o lobbies, como todos aquellos agentes que ejercen fuerza sobre la clase política para que tomen decisiones que puedan favorecer sus intereses.

Por supuesto, es un enfoque diseñado en el siglo XX para evaluar problemáticas de su tiempo, pero creo que en este caso podría adaptarse para hacer algo parecido y que pueda arrojar luz sobre las dinámicas políticas de este imperio. Por supuesto, la principal

diferencia a la hora de identificar los elementos de análisis es que en el caso otomano no existen los votantes, sino un pueblo llano que no tiene poder real sobre lo que ocurre.

Así, para este análisis sobre los sistemas sucesorios, centraremos la atención en los grupos de interés que formarían los visires, el cuerpo de los jenízaros (élite militar por excelencia), las madres de los sultanes, el pueblo otomano (que incluía a musulmanes, judíos, cristianos…) (Francisco Olmos 2009, p. 2).

El sultán otomano es, además del máximo gobernante político, un califa, lo cual crea una unión entre lo político y lo religioso que da a la dinastía un prestigio casi divino. Como se ha dicho antes, nunca hubo intentos exitosos de expulsar a la casa de Osmán del trono para cambiarlos por otra, pero eso no implica que no hubiese intereses de controlarla. Al final, hasta que se abandona la tradición fratricida, todos los príncipes varones eran potenciales herederos y cada grupo de poder podía decidir decantarse por uno o por otro para apoyarle en su subida (Romero y Romero 2017, p. 34).

Los visires y *pashás* son los más cercanos al sultán en términos de poder y a lo largo de la historia, se dieron todo tipo de relaciones entre los visires y los sultanes, tanto buenas como malas. Sin embargo, los visires siempre tuvieron un interés para ellos mismos y para sus familias que pasaba por mantener el favor del soberano, por lo que debían demostrar cierta competencia en sus funciones y contar con un sultán que no prefiriese a sus rivales.

Muchos visires procedían del cuerpo jenízaro o de otras áreas del ejército y el funcionariado imperial, lo que implica que muchos de ellos pasaron por el *devshirme*. En líneas generales, se trata de una práctica por la cual se reclutaban niños de familias cristianas a lo largo del imperio, pero con una preferencia enorme sobre los cristianos de los Balcanes, y se les educaba en la fe islámica y en el sistema de leyes otomano para que fuesen siervos leales al imperio y al sultán. La idea de elegir a esos niños apartados de sus familias para formar el cuerpo de jenízaros y, en muchos casos, a altos funcionarios del imperio podía ir en dirección a evitar que familias musulmanas pudieran rivalizar con la dinastía imperial, aunque probablemente el origen de la tradición no buscase eso.

Dos ejemplos de Grandes visires otomanos que pasaron por el *devshirme* y que alcanzaron el mayor estatus por debajo del sultán fueron Pargali Ibrahim Pashá (visir de 1523 a 1536) y Rustem Pashá Opukovic (visir de 1544 a 1556). No está clara la procedencia de ninguno, pero se sabe que ambos eran cristianos nacidos en los territorios imperiales del este europeo. Ambos sirvieron como Gran visir al sultán Suleimán en un momento de esplendor, ambos se casaron con hijas de sultanes y ambos acumularon una considerable riqueza. Sin embargo, Ibrahim Pashá fue ejecutado por orden del sultán. El motivo de esa decisión se dice que pudo estar relacionado con un intento de desafiar la autoridad del sultán, aunque también existen teorías sobre el interés que podía tener la esposa oficial del sultán Suleimán, Hurrem Sultán, en deshacerse de Ibrahim por ser partidario del hijo de otra esposa y no de los suyos de cara a la sucesión.

Aunque no hubo familias que tratasen de ocupar el lugar de la dinastía, sí hubo una familia de visires que consiguió, a diferencia de los ya mencionados, asentarse en una posición de poder durante generaciones. Se trata de los albaneses koprulu, que ocuparon el cargo entre finales del siglo XVII y principios del siglo XVIII, siendo responsables de las últimas grandes campañas militares del imperio antes del inicio de su declive.

Así, del mismo modo que los altos funcionarios tenían sus propios intereses para con la corona, también los militares y, más en concreto, los jenízaros tuvieron un papel importante en el desarrollo de la historia otomana.

Ya se ha explicado brevemente en qué consistía el sistema educativo por el que pasaban la mayoría de los jenízaros, pero cabe explicar quiénes eran este grupo militar de una forma más detallada. Pues se trataba de un cuerpo de infantería que llegó a ocupar un lugar de prestigio, además de ser uno de los símbolos más representativos del imperio de cara al extranjero por su fama disciplinada y su relación con el sultanato.

Nicolás Maquiavelo la describía de la siguiente forma en su famosa obra, *El Príncipe*:

> *al Turco que, por estar siempre rodeado por doce (12) mil infantes y quince (15) mil jinetes, necesita posponer toda otra preocupación a la de conservar la amistad de las tropas, de los cuales dependen la seguridad y la fuerza del reino. Del mismo modo, conviene que el Sultán, cuyo reino está por completo en manos del ejército, conserve las simpatías de éste sin tener consideraciones para con el pueblo* (Maquiavelo 1513, p. 118).

Por tanto, cuando se habla de la relación entre el sultanato y estos militares es necesario hablar de tensiones políticas, revueltas e, incluso, asesinatos y derrocamientos de un sultán para poner a otro en su lugar.

A lo largo de su historia, los jenízaros se rebelaron contra el sultán por diversos motivos, que van desde los más materiales como un aumento en la paga hasta los que más afectaban a sus vidas personales, como aquellas revueltas en las que exigían que se les permitiese tomar esposa y su poder no hizo más que aumentar hasta que, en 1826, el sultán Mahmut II inició lo que podemos considerar una purga para acabar con ellos.

Sabiendo todo esto, es difícil concretar unos intereses para un grupo que cambió tanto con el paso del tiempo. De ser un cuerpo de infantería pasaron a formar la guardia personal del sultán. Sí que se puede concretar, en cierto sentido, que el interés de este grupo siempre fue en la dirección de aumentar sus privilegios y su capacidad de tomar decisiones. Unas veces formando alianza con los *pashás* y otras oponiéndose a ellos. Incluso se sabe que, cuando la práctica del fratricidio cayó en desuso, hubo movimientos que acabaron sustituyendo a un sultán por algún pariente suyo que tuviese mejor fama entre los jenízaros.

Con todo, otro grupo de interés a tener en cuenta es el de las madres de todos estos sultanes y sus rivales femeninas.

No se sabe demasiado de la situación de estas mujeres los primeros tiempos del imperio, pues en cierto modo vivían aisladas en el harem y el número de personas con acceso a este era limitado. No obstante, se sabe que la situación de estas mujeres era variada en función de su origen, del rango que ocupaban y de las funciones que debían desempeñar. Además, el nivel de influencia que tenían fue cambiando con el tiempo, pero siempre estuvo vinculado a la relación que mantenían con el sultán.

En el caso de estas mujeres que pasaban de concubinas a madres de príncipes varones es claro. Su interés principal era que sus hijos llegasen a sultanes. Con ello no solo lograban salvar sus vidas y las pagas que recibían por parte de la corona, sino que además conseguían ostentar el título de *valide* o madre del sultán. Se trata de un título que les aportaba uno de los rangos más altos a los que podía aspirar una mujer dentro del imperio. Ser la *valide* daba poder sobre el harem imperial e influencia directa sobre el sultán y sus decisiones (Peirce 1993, p. 126).

La primera *valide* reconocida fue la sultana Aixe Hafsa, madre de Suleimán el Magnífico. No es casualidad que fuese la madre de uno de los sultanes más poderosos la primera en ostentar el cargo. Y, del mismo modo, fue la esposa oficial de este sultán, Hurrem, la primera en llevar el título de *haseki*, que sería algo así como la consorte imperial principal.

En suma, con el paso del tiempo las mujeres del harem pasaron de tener una función meramente reproductiva para entrar en juego como personajes con poder, a nivel conyugal primero y, en caso de que sus hijos llegasen a reinar, a nivel de madres. Esto no deja de ser llamativo si se tiene en cuenta que la mayoría de aquellas mujeres, al igual que los jenízaros, venían de estratos muy bajos de la sociedad. De hecho, en el caso de las concubinas y odaliscas, muchas eran esclavas (Peirce 1993, p. 39).

Y luego estaría el pueblo llano del imperio, que aun sin tener poder real sobre las decisiones políticas y económicas que se tomaban a través del voto u otra forma de representación, no dejaba de ser una masa compleja, formada por personas de gran cantidad de etnias y grupos religiosos.

En líneas generales, sus intereses se tenían en cuenta hasta cierto punto por el resto de los grupos, pero no formaban parte de las prioridades de las élites a la hora de decidir el modo de actuar a nivel estratégico.

Testimonio de todo esto nos ofrecen embajadores europeos como Ogier Ghiselin de Busbecq.

Así, cuando se miran los motivos que podían mover a cada uno de estos grupos a la hora de actuar, se percibe que todos tenían motivos para querer llevar las decisiones de la casa real en una dirección o en otra. Todos tenían interés en que el sultán fuese cercano a ellos y todos pudieron, en cierto momento, conspirar para atacarse entre ellos cuando no había otro posible candidato al trono. En cambio, en los momentos en que el sultán podía contar con algún rival que le hiciese sombra, los diversos grupos de interés

podrían haber conspirado para derrocarlo, colocando así a un hermano o pariente de otro tipo en su lugar. Así lo atestigua la existencia de autores que a lo largo del siglo XVI y XVII debatían y escribían sobre la necesidad de que el sultán se comportara como un *gazi* o no, entendiendo como tal una suerte de guerrero de la fe (Baer 2025, p. 246).

De modo que, frente al sistema fratricida, que les obligaba a todos a intentar congraciarse con el sultán reinante sin demasiado margen de actuación, el sistema del seniorato permitió mayor margen de movimiento, de forma que los intereses de unos y de otros pudieron ponerse en práctica a través de las rivalidades entre candidatos al trono. Al final, era una forma de sucesión con la que todos arriesgaban menos su integridad, pero que generaba desequilibrios dentro de la casa real e inestabilidades derivadas de lo que podía significar cambiar a menudo de gobernante. Y por cambiar muchas veces de sultán, nos referimos a todos los motivos existentes para ello: la edad avanzada que impidiese un reinado largo, problemas de capacidad intelectual derivados del sistema de educación dado a los príncipes en ciertos periodos, las conspiraciones internas…

CONCLUSIONES

El Estado otomano estaba gobernado por una figura cuyo poder se consideraba casi divino debido a que la condición del sultán no era solo la de dirigente político, sino también de califa islámico.

Así, el asunto de su sucesión ocupaba el interés de todos y, a diferencia de los Estados cristianos de Europa, tanto la política matrimonial como la legitimidad de los hijos funcionaba de forma distinta. En el imperio otomano todos los hijos del sultán tuviesen como madre a una princesa o a una esclava, contaban con las mismas posibilidades de acceder al trono sin importar el orden de su nacimiento.

Eso propiciaba que todos los que aspiraban a influir en el sultán, desde sus propios parientes hasta el ejército, tuviesen interés en que su candidato favorito resultase elegido.

Ahora, de los dos sistemas sucesorios puestos en práctica por los otomanos, el cruel sistema del fratricidio que consistía en asesinar a los hermanos no gobernantes fue el que dominó la época de mayor esplendor, hasta finales del siglo XVII. Mientras, el sistema del *seniorato* que optaba por dar el poder al mayor de los miembros de la familia imperó en la época de decadencia.

Los motivos de esto pueden ser variados, pero quizás podría estar relacionado con la estabilidad que aportaba el primer sistema una vez asentado el nuevo sultán, sin rivales que pudiesen hacerle sombra. En cambio, el *seniorato* dejó abierta la posibilidad de que en cualquier momento el sultanato cambiase de manos. Además, saber que el más anciano de la familia sería el encargado de ostentar la corona no sumaría confianza de cara al extranjero. Al final, un imperio antiguo gobernado por un anciano rodeado de jenízaros y de *pashás* que en cualquier momento podían cambiarlo por otro no contribuye a que la imagen que recibían las potencias europeas fuese de iguales.

BIBLIOGRAFÍA

BAER, Marc David, 2025. *Otomanos: Kans, césares y califas*. Madrid: Desperta Ferro. ISBN 978-84-128984--1-5.

BUSBECQ, Ogier Ghislain de, 2019. *The life and letters of Ogier Ghiselin de Busbecq, Volumes 1 and 2*. [S.l.]: Good Press.

BUTLER, Eamonn, 2012. *Public Choice, A Primer*. Londres: The Institute of Economic Affairs.

FRANCISCO OLMOS, José María de, 2009. *La Casa de Osmán. La sucesión de los Sultanes Otomanos tras la caída del Imperio*. Madrid: Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía.

HUERTA DE SOTO, Jesús. *Desarrollo, contenido y evolución de la escuela de la elección pública* [en línea] [consult. 2025-02-03]. Disponible en: https://www.jesushuertadesoto.com/articulos/articulos-en-espanol/proyecto-docente/5-desarrollo-contenido-y-evolucion-de-la-escuela-de-la-eleccion-publica-241.

LANGLOIS, Reneé N., 2018. *Power and Authority of Royal Queen Mothers: Juxtaposing the French Queen Regent and the Ottoman Validé Sultan During the Early Modern Period* [en línea]. Tesis de maestría, University of Nevada, Las Vegas [consult. 2025-02-10]. Disponible en: https://oasis.library.unlv.edu/thesesdissertations/3277.

MAQUIAVELO, Nicolás, 1513. *El príncipe*. Madrid: Editorial Hormiguero.

PEIRCE, Leslie, 1993. *The Imperial Harem*. Oxford: Oxford University Press. ISBN 9780197713839.

ROMERO, Eladio, e Iván ROMERO, 2017. *Breve historia del Imperio Otomano*. Madrid: Nowtilus. ISBN 8499678904.

SÁNCHEZ ARRESEIGOR, Juan José, 2017. *La venganza del sultán: el trágico fin de los jenízaros* [en línea]. Historia National Geographic [consult. 2025-02-10]. Disponible en: https://historia.nationalgeographic.com.es/a/venganza-sultan-tragico-fin-jenizaros_11551.